

MIÉRCOLES DE CENIZA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
14 de febrero de 2018
Joel 2, 12-18; 2Cor 5, 20 - 6, 2; Mt 6, 1-6.16-18

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia penitencial de hoy contiene dos frases bíblicas que sintetizan bien lo que la Iglesia nos propone vivir el miércoles de Ceniza y todo el camino cuaresmal. Las dos frases son propuestas para la imposición de la ceniza.

Una dice así: "recuerda que eres polvo y al polvo volverás" (Gn 3, 19). Proviene del libro del Génesis y hace referencia a las palabras que Dios dice a Adam después de su pecado de desobediencia. En el fondo, es una afirmación de nuestra condición mortal. Parte del relato de la creación; según el libro del Génesis, Dios *modeló al hombre con polvo de la tierra* y le comunicó *un aliento de vida*. De ahí la afirmación "recuerda que eres polvo", que provienes del polvo. Es decir acuérdate de tu fragilidad, de tu finitud. El ser humano es una maravilla, pero es débil. Y como todos los demás seres vivos, estamos sometidos a la muerte. Según el libro del Génesis, sin embargo, Adán y Eva habrían podido escaparse de la muerte si hubieran sido fieles a Dios y no hubieran desobedecido su palabra (cf. Gén 2, 17). Sin embargo, debido a la desobediencia se vieron abocados a la muerte, por eso después de pecar, Dios les dijo: *al polvo volverás*. Todos lo hemos visto; el cuerpo humano después de la muerte se descompone y se vuelve polvo, si es que no se acelera el proceso por medio de la incineración: somos polvo y volveremos a ser polvo. La pedagogía de la Iglesia quiere que tanto hoy como a lo largo de toda la cuaresma seamos conscientes de esta finitud nuestra, por la que somos seres abocados a la muerte. Un día moriremos.

Pero eso no es todo. Si todo acabara aquí, la vida de Jesucristo habría sido inútil. De aquí la otra frase que nos propone la liturgia de hoy, sacada del evangelista San Marcos: *convertíos y creed en el Evangelio* (Mc 1, 15). Hay un camino para superar la condición mortal, aunque pasando a través de la muerte. Es el camino de la conversión a Jesucristo y a su palabra evangélica, él que dijo: *el que cree en mí, aunque muera, vivirá*. Es el camino de la cuaresma que hoy iniciamos. Fundamentalmente pide dos cosas. Primero la voluntad de volvernos existencialmente hacia el Cristo dando la espalda, renunciando, a todas aquellas cosas que en nuestra vida le son opuestas. Y, segundo, pide que tengamos fe en la Palabra de Jesús que nos transmite el Evangelio, que nos la tomemos en serio, tanto cuando nos dice lo grande que es el amor que Dios nos tiene, y que nos promete, como cuando nos indica el camino para vivir esta vida guiados por el Espíritu hasta llegar a la plenitud.

Dios no nos ha llamado a la existencia para destinarnos finalmente a la muerte, sino para destinarnos a la vida para siempre en la alegría del Reino. Sí, somos polvo, hemos salido de la insignificancia inicial de la vida humana, provenimos de un minúsculo cigoto, y estamos destinados a pasar por la muerte debido a la debilidad y el pecado. Pero, por gracia tenemos un valor infinito. Dios nos llama a la vida, a la felicidad perpetua, a la amistad eterna con él. Por ello, al inicio de la cuaresma debemos dejar atrás todo lo que nos impide llegar a lo que estamos destinados, y tenemos que renovar el propósito de hacer "lo que nos aproveche para siempre" (cf. RB Prólogo, 44).

Es lo que queremos expresar en acercarnos a recibir la ceniza sobre la cabeza, tal como hacían los penitentes públicos en los primeros siglos de la Iglesia. Recibiendo la ceniza expresamos nuestra conciencia de ser polvo, nuestra conciencia de seres mortales y nuestra condición de pecadores, de no corresponder como deberíamos al amor que Dios nos tiene y a la Palabra de amor que nos dirige tantas veces. Pero al

mismo tiempo, recibiendo la ceniza, expresamos también nuestra fe en Jesucristo y en su Evangelio y nuestra voluntad de convertirnos, de vivir con un corazón sincero nuestra fidelidad a Jesucristo.

Sabemos, como decía san Pablo en la segunda lectura, que ahora es el tiempo favorable, el día de la salvación que Dios nos ofrece. Por ello, siguiendo la invitación del profeta Joel en la primera lectura, queremos convertirnos con todo nuestro corazón, confiando en el Señor que es *compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en amor que se arrepiente del castigo*. Conscientes de que, en medio de tantas voces que nos acarician los oídos y quieren seducirnos, *sólo Jesucristo tiene palabras de vida eterna* (cf. Jn 6, 68).

Es una perspectiva gozosa y estimulante ésta de convertirse al Evangelio. Pero somos conscientes de nuestra debilidad, de nuestra dificultad a perseverar en el camino. Por eso, Jesús en el evangelio de hoy nos ha dado tres elementos que nos ayudan a perseverar: la oración sincera y de tú a tú, el ayuno fruto de la sobriedad en el uso de las cosas (también de las redes sociales) y la solidaridad con los demás compartiendo lo que tenemos y trabajando en nuestros ámbitos a favor de la justicia y de los valores democráticos. Ya el profeta Isaías dice: *el ayuno que yo quiero es éste: libera los que han sido encarcelados injustamente, deja libres a los oprimidos, comparte tu pan con el hambriento, viste al quien desnudo* (Is 58, 6-7).

Con la confianza que nos da la palabra del Evangelio sobre los que se quieren convertir, acerquémonos a recibir las cenizas como inicio del proceso cuaresmal que culminará en la renovación de nuestra adhesión a Jesucristo en las promesas bautismales. Y, después, acojamos el don de la Eucaristía como alimento para nuestro camino de conversión, para nuestro proceso de volvernos existencialmente hacia el Cristo, dando la espalda, renunciando, a todas aquellas cosas que en nuestra vida le son opuestas. Y así, con gozo, podremos esperar la celebración de la Santa Pascua como prenda del encuentro definitivo con Jesucristo.